RICARDO CALVO AGOSTÍ, EL ACTOR Y LOS CLÁSICOS

Eduardo VASCO

(Madrid: Fundamentos / Monografías RESAD, 2017, 190 págs.)

Antes de empezar, un breve apunte personal. Ya sé que no es lo que se espera de una reseña académica, pero creo que viene al caso: mi primer acercamiento al teatro no fue como espectador, y ni siquiera como lector de obras teatrales, sino como lector de biografías y memorias de actores. En realidad, lo que me gustaba era el cine, no el teatro, y dado que en aquellos años no existía *Internet* ni había *dvd*, buscaba en los libros información sobre las películas que me interesaban. Fue así como me topé con ese peculiar género que es el de las biografías actorales, muy frecuente tanto en el ámbito anglosajón como en Francia. Como unos libros abren las puertas de otros me encontré de pronto atravesando una fascinante selva de información, con el resultado de que, hacia los quince o dieciséis años, conocía como la palma de la mano un periodo del teatro que, por razones obvias, no había vivido: el de los años 1930, 40 y 50 en Londres. Podía entonces (y aún puedo) describir perfectamente el trabajo de actores a los que sólo había visto en un puñado de fotos. Cuando posteriormente he llegado a ver a muchos de esos actores, o he podido escuchar sus voces, en alguna grabación radiofónica, cinematográfica o videográfica, gracias a ese inmenso archivo que es la *web*, fue como encontrarse con viejos y

queridos amigos a los que uno reconociera automáticamente.

En suma: las biografías de los actores han sido para mi carrera teatral una herramienta pedagógica de primer orden. Como he dicho antes, el género está muy extendido en otros países. En Inglaterra, desde hace cincuenta años, no hay un gran actor que no cuente, como mínimo, con un buen volumen biográfico. Dado el respeto social y académico del que goza el teatro en aquel país, este tipo de publicaciones encuentra inmediato acomodo en las librerías. A veces estos libros están escritos por los propios actores, con lo que eso tiene de interés añadido. Algunos han llegado a gozar un éxito notable: pienso, por ejemplo, en las divertidísimas memorias de David Niven o de Elsa Lanchester, en los *Diarios* de Richard Burton, que revelan un personaje mucho más complejo de lo que permitía imaginar su imagen como estrella de cine, en los muy literarios volúmenes de Dirk Bogarde, en los sobrios y documentados recuerdos de Judi Dench.

Por el contrario, en nuestro país, durante mucho tiempo, las biografías de los actores importantes fueron patrimonio casi exclusivo de las revistas populares, que les dedicaban, como mucho, un número especial cuando fallecían. Había, por supuesto, meritorios trabajos académicos, que difícilmente llegaban al gran público, y alguna excepción notable, por su calidad y su popularidad, como las de Fernando Fernán Gómez o Adolfo Marsillach; pero hubo un tiempo, y no muy lejano, en el que resultaba mucho más fácil encontrar materiales biográficos sobre actores ingleses, franceses o americanos que sobre nuestros propios intérpretes. Tengo para mí que esta inercia está emparentada con la natural alergia de los españoles hacia su propia historia, que tantos problemas nos ha traído y nos sigue trayendo; pero eso es demasiado largo para explicarlo aquí.

Felizmente, algo parece haberse movido: desde hace algunos años ha empezado a crecer significativamente la cantidad de biografías de nuestros grandes del teatro. Las Escuelas Superiores de Arte Dramático y

las universidades con programas de teatro se han tomado muy en serio la recuperación de este legado. La Asociación de Actores, la de Autores, la de Directores de Escena, AISGE, y otras similares, están promoviendo también, desde sus respectivas actividades, esta reivindicación imprescindible de nuestra tradición actoral. La clave, desde luego, está en esa palabra: tradición. Construimos sobre lo que otros hicieron antes que nosotros; es, de hecho, la única manera de hacerlo. Sin embargo, también esto es algo que aún le cuesta mucho entender a la cultura española, aficionada, más bien, a destruir cuanto le precede para volver a empezar siempre desde cero.

Dentro de esta bendita ola de publicaciones aparece el volumen que nos ocupa, *Ricardo Calvo Agostí, El actor y los clásicos,* de Eduardo Vasco. Ricardo Calvo era uno de esos actores cuyo nombre yo escuché mencionar ocasionalmente a alguno de los maestros de mayor edad cuando estudiaba arte dramático, pero pasó mucho tiempo antes de que pudiera ver siguiera una foto de él. Que Eduardo Vasco haya elegido, entre todos, a este intérprete, no me parece casual: Vasco fue director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico y es un ardiente conocedor de este teatro. Precisamente su mandato en la Compañía se caracterizó por combinar en el repertorio los grandes títulos con la recuperación de piezas y autores habitualmente olvidados; y también precisamente la de Calvo es la aventura de reivindicar nuestros clásicos en una época, la propia, en que estos se habían anquilosado a base de montajes repetitivos de cartón piedra. Emociona descubrir en estas páginas las palabras pronunciadas por don Ricardo en 1929, y reflejadas luego en la prensa, donde recuerda la obligación que el estado tiene de proteger un bien cultural que es de todos, así como la necesidad de "arreglar lo antiguo" para poder llegar así a todos los públicos: "Porque el arte nuevo no puede valorizarse sino relacionándolo con el arte clásico". A Don Ricardo, sin duda alguna, le

hubiera hecho inmensamente feliz la existencia de una institución como la CNTC.

La historia que se desgrana en el libro es apasionante: empieza, como los melodramas de la época, con una madre asesinada por un admirador demente y un padre muerto de viruela; sigue con un Ricardo que quiere ser poeta pero recibe una singular herencia, un lujoso vestuario del teatro barroco, que parece arrojar sobre él un destino inapelable de actor; incluye luego un complejo de inferioridad con respecto al padre, el eximio Rafael Calvo, con quien crítica y público comparaban a menudo a don Ricardo, al principio de forma desfavorable (y este detalle me recuerda la obsesión de Sacha Guitry con su propio progenitor, al que el histrión francés "mató", freudianamente hablando, encarnándole en una obra); aparecen en el relato logias masónicas... ¡Y huracanes en el Caribe!; aparece, por supuesto, nuestra inevitable y detestable Guerra Civil, con Ricardo Calvo encarcelado, primero, por los republicanos debido a su amistad con Pemán, y represaliado, luego, por los franquistas, por su vinculación con la masonería y obligado durante mucho tiempo a presentarse regularmente en comisaría; y acaba, como acaban muchas de estas historias nuestras del teatro, con un actor mayor que fallece en situación económica precaria y menospreciado por las nuevas generaciones, que sólo ven en él a un dinosaurio declamador.

En 1919 Ricardo Calvo le había dicho a un periodista que quería hacerle una entrevista: "Hablar de mí... ¿Tú crees que merece la pena?", como si ya entonces hubiera previsto el olvido que le estaba destinado. Pero resulta que su trabajo en el teatro influyó en nuestra forma de afrontar a los Clásicos; en la formación de intérpretes tan diferentes entre sí como Guillermo Marín, Paco Rabal, Nuria Espert, y en otros muchos de los cuales tanto hemos aprendido cuantos venimos detrás. Eso significa que también don Ricardo sigue vivo entre nosotros, y le damos las gracias a

Eduardo Vasco por recordárnoslo. El teatro español tiene muchas deudas y va siendo hora de que todas ellas se paguen.

Ignacio García May
RESAD